



*Dr. Carlos J. Sánchez Zambrana*

*Decano*

*Facultad de Estudios Generales*

*Recinto de Río Piedras, Universidad de Puerto Rico*

Corrían los años finiseculares del XX. Todavía no había acontecido ese declive estrepitoso del antropoceno –desgaje de una era- que hirió, en el rescoldo epocal del 2001, aquel septiembre aciago. Tampoco se oteaba con claridad, ni la multipolaridad en las relaciones internacionales del acontecer hodierno, ni la Pandemia, ni la Inteligencia ni la locura Artificial.

Era el año 1996, y la UNESCO trazó un verdadero parteaguas en cuanto a la capacidad de aunar voluntades y mentes para trascender el umbral entre los siglos. Me refiero al célebre *Informe sobre la educación del siglo XXI* presidido por Jacques Delors. Se decía en ese año: *Frente a los numerosos desafíos del porvenir, la educación constituye un instrumento indispensable para que la humanidad pueda progresar hacia los ideales de paz, libertad y justicia social.*

Se apalabraba evocando a *la Utopía necesaria* de la educación. También se echó a voley una extática de labranza, un cuerpo místico de sembradores y sembradíos. La educación, que es todo lo que la ha aprendido la humanidad sobre sí misma, “encierra un Tesoro”. Pero ese tesoro no es mera música congelada; es pasión potencial de creación de conocimiento. Hay que custodiarlo, nutrirlo, estimularlo. Ese es el ápeiron de las Cátedras.

Hoy, en el primer cuarto del siglo XXI, ya nos encontramos en el plenilunio de los retos que aquel futuro vislumbró en el 1996; y si lo recuerdo ahora, es para validar la complejidad y la transdisciplinariedad cuando nos conmina a integrar varios planos de la realidad y el sentido del tiempo, además de transgredir las áreas del saber y la lógica formal, que ya -de suyo- es una empresa educativa de hondo calado.

El tiempo se percibe implacable, vertiginoso, apabullante. Empero la UNESCO tenía razón: ahora más que nunca, debemos desenterrar el tesoro. No para admirarle e idolatrarle en su canon, siempre necesario; antes bien, para inspirarnos en su virtud de ofrecernos las nutrientes de la duda, el suero del asombro científico y artístico y la mística necesaria para la búsqueda del conocimiento y con éste, la superación del nivel de nuestra contribución ante los desafíos antes advertidos y que atraviesan el sino de la humanidad entera. Así, la buena educación trasvasa, trasciende y transforma el cofre del tesoro.

Para nosotros en Puerto Rico representa un honor y a la vez un importante reconocimiento el servir de foro y de faro para este devenir. Tenemos, en el centenario Recinto de Río Piedras, dos Cátedras que la UNESCO ha encomendado con celo y esperanza. Las atesoramos, pero a su vez las cultivamos con interpelación constante, con crítica colectiva bienhechora, para que produzcan un zumo constatable, pertinente y con visión de futuro superior y superador.

Hoy es momento de ponernos a prueba en ese afán con un evento en el cual se busca que emerja la voz plural. Es tarea de oficio refundar constantemente nuestras ideas, concepciones, teorías y prácticas. El concierto de Cátedras y de ponentes, pretende estremecer la esencia de nuestra razón de ser.

Así las cosas, y en armonía con la Facultad de Educación del Recinto de Río Piedras, la Facultad de Estudios Generales, la facultad de la esperanza, por donde todo comienza en la rampa educativa de nuestro lar, les expresa, con mucha alegría de espíritu su más calurosa bienvenida, extendiendo sus brazos para un abrazo inmemorial.

¡Este es su encuentro! ¡Albricias!